

TATIANA
DE ROSNAY

TINTA
RUSA



SUMA
de Letras

Cuando Nicolas llegó al Gallo Nero, tuvo la impresión de que aquello no era un hotel, sino un domicilio particular, una casa alargada de color ocre de tejado rojo oscuro y postigos verdes. Un poco más lejos se veían aparcados Lamborghinis, Ferraris, Porsches y Jaguars. Subió unas escaleras y se abrió la puerta. Una mujer esbelta, enfundada en un traje de chaqueta negro, pronunció su nombre como si fuera el sonido más seductor del mundo. Malvina y él cruzaron un vestíbulo que, más que el hall de un hotel, parecía la entrada de la acogedora vivienda de un amigo: suelos embaldosados, techos con las vigas vistas, una chimenea de piedra sobre la que colgaba el cuadro de un gallo, unos cómodos sofás blancos, unos cojines de colores vivos, plantas, mesitas bajas, pilas de libros y revistas.

A través de los ventanales abiertos se podía ver la terraza iluminada con velas y oír un murmullo de voces, risas, el tintineo de los cubitos, un piano que interpretaba *La chica de Ipanema*. El Gallo Nero olía a canela y sol, a limón y lavanda, pero, sobre todo, a diversión y dinero.

Dos semanas atrás, en París, en un bochornoso día de principios de julio, Frédérique, una periodista de ojos azules que escribía para una revista femenina, una chica guapa que enseñaba los dientes al sonreír, había murmurado mientras almorzaban en el Cigale Récamier: «Nicolas, tienes que ir al Gallo Nero». Lo mencionó como si fuera el lugar ideal para una escapada de lujo. Un nombre fácil de recordar. El gallo negro. Nicolas se informó. Era un lugar exclusivo. Uno de esos sitios a los que acuden con discreción los más afortunados. Estaba ubicado en la diminuta isla delante de la costa de la Toscana, en una playa privada de rocas a la que se accedía mediante un ascensor tipo James Bond construido en el interior del acantilado. Contaba con un chef famoso, pistas de tenis y una piscina de agua salada con forma de riñón. Los precios eran escandalosos. Pero eso resultaba tentador. Anhelaba huir del asfixiante verano parisino. Y no había vuelto a la costa italiana desde 2003, desde que viajara con François, su mejor amigo. Llamó al Gallo Nero y la persona que le atendió le dijo en tono condescendiente:

—Lo siento, *signore*, no hay plazas para esa semana. Todo está reservado con meses de antelación.

Nicolas farfulló una disculpa y preguntó:

—¿Podría dejar mi nombre y mi número de teléfono por si se les quedara alguna habitación libre? Es el cumpleaños de mi novia y..., bueno...

Al otro lado del teléfono se oyó un suspiro. Nicolas lo tomó por un sí y murmuró:

—Nicolas Kolt.

Sin darle tiempo a decir el número, se oyó un gemido ahogado:

—¿Perdone? —dijo la mujer de manera entrecortada, como si algo la estrangulara—. ¿Ha dicho Nicolas Kolt? —Nicolas se estaba acostumbrando a eso, pero todavía no había comenzado a aburrirle—. ¿El escritor? ¿El autor de *El sobre?* *Signor* Kolt, debería haberme dicho enseguida quién era. Naturalmente que tenemos una habitación para usted. De hecho, una de las más bonitas, con una preciosa vista del monte Argentario. ¿Cuándo querría venir, *signor* Kolt?

Llegaron al final de la tarde del jueves, con una abatida Malvina a remolque, después de un largo viaje. Habían volado desde el aeropuerto Charles de Gaulle de París hasta el Fiumicino-Leonardo da Vinci de Roma. Un chófer había ido a recogerlos y los había llevado por la carretera de la costa. Este viernes por la mañana, Malvina sigue dormida en un gran dormitorio que sin duda es precioso. Está decorado con elegantes tonos color arena y beis, con acuarelas de pueblos italianos y cortinas y colchas color crema. Rosas blancas, pequeños cuencos de higos y uvas. Un sobre con un saludo personal del director del hotel, el doctor Otto Gheza. Nicolas se levanta temprano, procurando no

despertar a Malvina, y sin descorder las cortinas se asoma al balcón, donde hay dos hamacas de playa, una mesa cuadrada de teca y unos laureles enmacetados. Se pone el bañador y el esponjoso albornoz que cuelga de la puerta del cuarto de baño y, en silencio, sale a desayunar a la terraza, no sin antes coger un cuaderno negro Moleskine y una pluma estilográfica negra Montblanc.

Nicolas no puede evitar observar que todo el personal, desde la gobernanta a cargo de la habitación hasta la doncella que le trae el agua mineral, parece conocer su nombre. Lo conocen y saben pronunciarlo perfectamente, a la rusa, con la o redondeada, como si supieran que es una abreviatura de Koltchine. Le sonrían, y sin embargo no percibe hipocresía en esas sonrisas, ni tampoco servilismo ni adulación. En el hotel hay pocas habitaciones, le ha explicado a Malvina durante el vuelo, apenas veinte. Cierra durante el invierno, pero está lleno desde abril hasta septiembre. Le ha explicado a Malvina lo que leyó en la página web, que el Gallo Nero lo concibieron en los años sesenta un piloto americano y una heredera romana que se enamoraron y construyeron esta villa sobre el mar. No tuvieron hijos, de manera que treinta años más tarde la propiedad se vendió a un rico italiano que la convirtió en un hotel. A Malvina eso le pareció romántico, tal como había imaginado Nicolas. Malvina tenía una gran fe en el romanticismo, un aspecto de su personalidad que él a menudo encontraba cautivador.

Bajo unos grandes parasoles cuadrados se ha servido un bufé para el desayuno. No se oye mucho ruido. Solo el

zumbido de un aspersor, el gorjeo de un pájaro invisible y el apagado rumor de un avión, en lo alto del cielo sin nubes. A pesar de lo temprano de la hora, ya hay varios clientes desayunando. Instalan a Nicolas en una mesa que domina el paisaje y se sienta. Resplandece el mar, inmenso y turquesa, salpicado aquí y allá de yates, ferrys, cruceros. Le preguntan si prefiere té o café y él contesta que Lapsang Souchong. Al cabo de cinco minutos se lo sirven en una pesada tetera. Pasa junto a él un hombre de aspecto elegante, enfundado en un traje oscuro, que le asiente con la cabeza y pronuncia casi sin voz: «Que tenga un buen día, *signor* Kolt». Nicolas le devuelve el saludo con la cabeza, preguntándose si será el director del hotel, el doctor Gheza, y si no debería haberle dicho algo, o al menos haberse puesto en pie. Da un sorbo de té, disfruta de su sabor a ceniza, saca su cuaderno del bolsillo y lo coloca sobre la mesa, delante de él, abriéndolo por la primera página. Lee sus últimas notas. Notas para el maldito libro que está intentando escribir. Notas que permitan dar la impresión, gracias a las cuales se pueda afirmar, con toda seriedad, sin lugar a dudas, que Nicolas Kolt está escribiendo su nueva novela, la que todos están esperando, la continuación, sí, ese libro. Notas que permitan que Alice Dor (su editora y agente francesa) y Dita Dallard (la agente de prensa) se sientan aliviadas. Notas para que Emma Duhamel, de soltera Van der Vleuten (su madre) se sienta aliviada. Notas para que Malvina Voss (su novia) se sienta aliviada. Notas para que Delphine Valette (su exnovia) y su hija (Gaïa Garnier), Elvire Duhamel y Roxane Van der Vleuten (sus tías) se sien-

tan aliviadas. Notas para que Isabelle Pinson (banquera) y Corinne Beyer (asesora fiscal) se sientan aliviadas. Notas para que Agneta Sandström (editora sueca), Carla Marsh (editora americana), Ursula Berg (editora alemana), Lorenza Manfredi (editora italiana), Marije Gert (editora holandesa), Alina Vilallonga (editora española) etcétera, etcétera, y todas esas mujeres preocupadas que lo rodean, dentro y fuera del mundo editorial, se sientan aliviadas. Nicolas está escribiendo su nueva novela. Ved cómo garabatea sus notas, la expresión concentrada de su ceño fruncido, cómo su pluma se mueve febrilmente. Pero estas mujeres inquietas poco imaginan que su cuaderno está lleno de dibujitos y frases que no tienen sentido ni estructura, que son poco más que palabras enlazadas unas con otras, como las cuentas de un collar.

Nicolas recuerda el fluido proceso de escritura de *El sobre* y se siente culpable. Escribió su novela hace cuatro años, sobre la desvencijada mesa de la cocina de Delphine, en la rue Pernety, con Gaïa balluceando a un lado, el hervidor silbando al otro y Delphine hablando por teléfono con su madre o con el padre de Gaïa. Nadie podía impedir que las palabras brotaran de él, que le salieran a borbotones con pasión, cólera, miedo y delectación. No hubo ni un momento en que su inspiración descansara. ¿Cuántas veces había contado su historia a los periodistas? Parecía que nunca se cansaban de oírla. ¿Es verdad que la idea de la novela se le ocurrió al ir a renovar el pasaporte?, le preguntaban, y le siguen preguntando. ¿Cómo podría contarles hoy Nicolas que no tiene ningún libro nuevo porque

es incapaz de encontrar tiempo para escribirlo, porque lo que más le gusta es regodearse en la constante atención de los periodistas, en la constante adoración de sus lectores?

A la izquierda de Nicolas hay una pareja silenciosa y seria. Él los observa. Le gusta mirar a la gente, sus caras, su ropa, sus relojes. Desde temprana edad se ha fijado en los relojes. Pero ahora, con su reciente fama y la riqueza que la acompaña, también se fija en las marcas, los logos, las ropas, los zapatos, las gafas de sol, una característica que le irritaba a su ex, Delphine. Durante los dolorosos momentos de su ruptura, ella no se cansaba de recordarle lo mucho que había cambiado. Lo engreído que se había vuelto.

El hombre está leyendo, la mujer se estudia las uñas. Franceses, diría. Cincuenta y pico. Él es un hombre esbelto, muy bronceado, con el pelo ya un poco ralo (cosa que sin duda le molesta). Lleva un reloj Bréguet. Una camisa azul marino con un cocodrilo verde. Madame exhibe esas mechas que tanto gustan a las mujeres que llegan a esa edad. Un rubio menopáusico. Un vestido camisero verde pálido. Se pregunta si habrán tenido relaciones sexuales recientemente. Con esa expresión tensa en torno a la boca no es probable que ella se corra a menudo. Y sin duda no con su marido, a juzgar por la manera en que aparta su cuerpo de él. El marido come cereales y bebe café. La mujer juguetea con una macedonia de frutas. Ha dejado de examinarse las uñas y contempla el mar. Una expresión nostálgica flota sobre su cara. Debió de ser una mujer guapa.

A su derecha, otra pareja. Más joven. Ella a lo mejor tiene treinta. Tipo mediterráneo, piel olivácea, hombros redondeados, pelo alborotado, imposible de peinar. Gafas oscuras, marca italiana. Él es de Oriente Próximo, rollizo, peludo, con un cigarrillo colgando del labio. Lleva un Rolex Daytona de esfera negra. Sobre la mesa se alinean tres teléfonos, como pistolas humeantes. Coge uno, habla en voz bien alta, mientras da caladas a un cigarrillo. La chica se levanta para admirar la vista. Tiene las piernas decepcionantemente cortas y gruesas, de tobillos robustos. Calza unos zapatos de plataforma con relucientes correas. Probablemente los guarda junto a la cama y se los pone incluso para ir a mear.

Nicolas escoge el desayuno. La profusión de comida le hace la boca agua. Escoge *birchermüesli*, melón y yogur. Los franceses se han marchado. Se dice que ojalá él nunca acabe así, paseando esa amargura. Se acuerda de Emma, su madre. Le inunda un sentimiento de culpa. Hace tiempo que no va a verla. Toma nota mental de que ha de llamarla. Cuando hunde la cucharilla en el muesli, imagina a su madre en el piso de la tranquila y empedrada rue Rollin, donde él creció. Hileras de libros forraban el pasillo, los periódicos se amontonaban en el estudio, el lejano fragor de la concurrida rue Monge llegaba a través de las ventanas abiertas, la literatura y el saber permeaban las paredes. Su madre estaba inclinada sobre un montón de exámenes y blandía su pluma roja. Sus trazos eran rápidos y seguros sobre el papel. Hoy la llamará, tiene que llamarla hoy, charlar un rato, encontrar un día para comer con ella, en-

tre el acto de Singapur y la gira escandinava: la llevará a ese restaurante griego que tanto le gusta a ella. Él se quedará escuchando sus lamentaciones, su complicada e intermitente relación con Renaud, un divorciado tristón, sus dificultades con sus estudiantes de filosofía del Collège Sévigné, y pensará, como siempre, que su madre no aparenta los cincuenta y dos años que tiene, que todavía es encantadora, con sus empañados ojos grises y su piel pálida que se sonroja cuando se enfada, y con ese marcado acento belga que nunca ha perdido a pesar de los treinta años que lleva en París. Su madre, que vive sola desde la muerte de su padre, hace dieciocho años. Nicolas es su único hijo. Ha tenido montones de amantes y a veces novios desastrosos, pero sigue sola, a pesar de la fluctuante relación con Renaud. Sabe que durante el almuerzo, en el que comerán musaka, ella se quedará mirándolo con esos ojos neblinosos y le preguntará: «¿Supongo que todo esto no te ha cambiado demasiado?». Y cuando ella diga «todo esto» dibujará unos gestos vagos y delicados en el aire, como si trazara burbujas con los dedos. Nicolas sabe que a menudo ve a su ex, Delphine. Que esta va a almorzar o a tomar el té con ella acompañada de su hija Gaïa, que ahora tiene trece años, la misma pequeña Gaïa que él vio crecer durante cinco años, y sabe que las tres se sientan en la cocina de Emma y hablan de él. Y dicen que ha cambiado. Sí, «todo esto» le ha cambiado. ¿Y cómo podía ser de otro modo?

Malvina hace su inesperada aparición en la mesa del desayuno. Tiene la cara hinchada por haber dormido tan-

to y en las mejillas se dibujan las marcas de la sábana, unas arrugas en la piel que le hacen parecer mayor. Se la ve extrañamente pálida.

—Feliz cumpleaños — dice él—. ¡Veintidós!

Ella le sonrío, él le alborota el pelo. Nicolas le pregunta si quiere zumo de naranja, té, un bollo. Ella asiente. Él se dirige al bufé. El hombre peludo sigue hablando por teléfono, apuñalando el aire con su regordete dedo índice. La morena de piernas cortas ha desaparecido. Nicolas y Malvina desayunan en silencio en el Gallo Nero. No hablan, pero se cogen de la mano. A Nicolas le gusta que los ojos de Malvina sean del mismo color que el mar que hay detrás de ella. Tiene la piel suave. Frágil. La ternura protectora que él siente por ella le lleva a apretarla la muñeca, a agarrársela del mismo modo que los acróbatas se cogen de la muñeca en el aire.

El regalo de cumpleaños de Malvina está en la habitación, en su equipaje. Se lo dará por la noche, mientras cenan. Es un reloj. Ha sido complicado localizar el que quería. Lo encontró por Internet y se reunió con el vendedor, un serbio con mucha labia, en el Grand Hotel Intercontinental, rue Scribe. ¿Por qué adora los relojes? Ahora le formulaban esa pregunta en casi todas las entrevistas. Y sin embargo fue divertido contestar la primera vez, hace dos años. La periodista era una rubia voluptuosa con una mirada astuta. En el hotel Ambassade de Ámsterdam, en la Herengracht, tuvo un maratón de entrevistas, *De Telegraaf*, *Algemeen Dagblad*, *De Volkskrant*. Marije, su editora, de vez en cuando abría la puerta del salón pri-

vado para comprobar cómo aguantaba. *El sobre* había alcanzado unas ventas inesperadamente altas en Holanda, antes incluso de que se estrenara la película. La prensa estaba impaciente por averiguar más de ese joven escritor francés que había convulsionado el mundo editorial con una primera novela acerca de un secreto familiar.

— En todas las fotografías lleva un reloj diferente — comentó la rubia —. Y a veces lleva uno en cada muñeca. ¿Por qué?

Y así fue cómo se lo explicó. Su primer reloj se lo había regalado su padre, un Hamilton Khaki, cuando cumplió diez años. Tenía la esfera negra, doble indicador, grandes números árabes, del uno al doce, un círculo interior de numerales más pequeños, una ventanita con la fecha a las tres, una correa de cuero oscura, caja de acero inoxidable y un estilo militar serio y austero. «Los soldados llevaban este reloj en Vietnam», le contó su padre mientras Nicolas abría la caja con un respeto reverencial. Su primer reloj.

— El primer reloj nunca se olvida — le dijo a la periodista.

Su padre murió poco después. El Hamilton Khaki se convirtió en una reliquia. Un talismán. Nicolas no se lo ponía nunca, pero jamás lo perdía de vista. Cuando viajaba, lo llevaba con él. Lo contemplaba a menudo, y solo el hecho de mirarlo o tenerlo en la palma de la mano evocaba, como la lámpara de Aladino, la imagen de Théodore Duhamel durante su último año, cuando tenía treinta y tres y un aire imponente, erguido en toda su estatura junto a la chimenea de la rue Rollin, con el puro de rigor

entre sus dedos largos y delgados. Su padre poseía un DOXA SUB de esfera naranja que no se quitaba nunca. Nicolas pensaba a menudo en ese reloj, que no se encontró tras la muerte de Théodore Duhamel.

—A veces llevo dos porque soy incapaz de elegir. Cada reloj cuenta una historia —le explicó Nicolas a la rubia—. Quién te lo regaló, en qué ocasión, cuándo. O si lo compraste tú, dónde y cómo. No me interesan los modelos que están de moda, aunque los admiro. —Se acordó del Rolex que le regaló a su madre para su cincuenta cumpleaños, un Oyster Perpetual de 1971, que llevaba la inscripción «Tiffany and Co» y que compró en la rue de Sèvres, en una de sus tiendas preferidas. Pero no lo mencionó, pues había aprendido a ser cauto con la palabra «Rolex», sobre todo delante de una periodista que llevaba un Swatch—. Prefiero un modelo más raro, difícil de encontrar, que esté un poco gastado, que no brille, como si le hubieran pasado cosas.

La rubia asintió.

—Entiendo —dijo—. Igual que su heroína, Margaux Dansor. Una mujer que ha viajado, ha visto mundo, pero que todavía tiene algo por descubrir.

Una jugada inteligente, observó Nicolas, unir su pasión por los relojes antiguos con su heroína de mediana edad, Margaux. Un joven de veintiséis años inventa un ama de casa de cuarenta y ocho y sale bien parado de la empresa. La convierte en un personaje creíble. La transforma en una de esas heroínas irresistibles y pintorescas, seria y alocada al mismo tiempo. Hija, esposa, hermana, madre, una

chica que podría ser nuestra vecina. Un carácter de ficción que le hizo famoso en todo el mundo y al que posteriormente dio vida en la pantalla Robin Wright en la adaptación de Toby Bramfield, una interpretación que le valió el Oscar en 2010. ¿Le gustará el regalo a Malvina? Nicolas la estudia mientras ella se come el bollo. Malvina es de piel cetrina, delgada, de proporciones perfectas. Es una mezcla de sangres: madre polaca y padre galés. No habla mucho. Todos sus gestos son intensos. Llevan nueve meses juntos. La conoció en Londres, en un acto en la embajada francesa, situada en Knightsbridge. Ella era una prometedora estudiante en el Royal College of Arts. Había asistido a su conferencia y se le acercó para que le firmara el libro. Había algo sereno y amable en su cara, en su sonrisa. Nicolas todavía se enfrentaba a las turbulencias del final de su relación de cinco años con Delphine. Tras una sucesión de mujeres sin rostro, una aventura tras otra, esa criatura morena de ojos azules le cautivó. La convenció para que cenara con él en un restaurante chino de Brompton Road. Durante la cena, ella mostró un humor irónico que hizo las delicias de Nicolas. Rio con ganas, casi se ahogó con su rollito de primavera, y por primera vez desde su relación con Delphine sintió un atisbo de esperanza de que hubiera una luz al final del túnel, de que esa chica encantadora podría ser la que le ayudara a olvidar a Delphine, o al menos a pasar página por fin. La llevó al hotel Langham de Regent Street. Ella le abrazó tan fuerte durante el sexo que eso lo conmovió profundamente. Cuando se quedó dormida en sus brazos, se sintió inesperadamente a salvo con

ella, más a salvo de lo que se había sentido con ninguna mujer, desde Delphine.

A Nicolas le gusta que no sea una parlanchina. No estaría con ella si lo fuera. Mientras Malvina se sirve otro café, Nicolas reflexiona acerca de lo que supuestamente está haciendo allí, en el Gallo Nero. Escribiendo su nuevo libro, desde luego, pero también tomándose un descanso, merecido tras el frenético año que ha pasado. ¿Cuántos viajes ha hecho? Es incapaz de contarlos. Tendría que mirar el calendario para estar seguro. Viajes cortos por el país para asistir a ferias de libros, a firmas, a encuentros con estudiantes, a presidir premios literarios, y luego el mismo programa en el extranjero, en una docena de países distintos para las ediciones internacionales de *El sobre*, y, finalmente, el entusiasmo adicional del estreno de la película, el Oscar a Robin Wright, los maratones de prensa en Estados Unidos, en Europa, y las ediciones que han coincidido con el estreno de la película, que han vuelto a colocar el libro en la lista de *best-sellers*. Nicolas se había permitido una serie de caprichos que su editora y agente francesa, Alice Dor, no había aprobado. Esos anuncios para revistas de un perfume masculino, cuyas fotos se habían tomado en la costa de Naxos, donde se le ve medio desnudo, lánguidamente reclinado en un yate. El anuncio en blanco y negro de un reloj, que parecía adornar todas las revistas que abría. «¿Era necesario?», le había reprendido Alice Dor. «No me digas que necesitas más dinero». No, con treinta millones de ejemplares vendidos en todo el mundo y una película ganadora de un Oscar, no necesitaba más

dinero. De hecho, Corinne Beyer, su asesora financiera, estaba trabajando en ello. Si el dinero seguía llegando como hasta entonces, le anunció, tendría que ir pensando en vivir en un país que no fuera Francia por culpa de los impuestos.

Malvina y él regresan a la habitación. Ella es una amante tierna y dulce. Tan ardiente que a veces le hace llorar, aunque él sabe perfectamente que no la ama. Al menos no de la manera en que amaba a Delphine. Ella se recuesta en la cama y le abre sus rodillas bronceadas. Más tarde se duchan, y los frágiles omóplatos de Malvina le hacen pensar en otra ducha, en la piel lechosa de Delphine; ve sus manos posadas en sus caderas, en el cuarto de baño de la rue Pernety, se pregunta consternado si alguna vez volverá a amar a una mujer como amó a Delphine. Han pasado dos años. ¿Llegará un momento en que su nombre le suene como el de cualquier otra mujer? ¿Cuándo dejará de preguntarse si se ducha con otros hombres y quién le acaricia esa piel blanca? Ir de vacaciones al Gallo Nero fue una manera de quitarse a Delphine de la cabeza. ¿Por qué piensa en ella, entonces?

—Vamos a nadar, Malve —dice, apartando de la mente a Delphine y sus duchas con ella.

Bajan a la playa privada utilizando el ascensor de película de James Bond. Todo el personal viste de negro. Un camarero anuncia el nombre y el número de la habitación de Nicolas, los acompaña hasta otro que les ofrece unas tumbonas —*signor* Kolt, ¿una sombrilla, una toalla, a la sombra, no quiere sombra, cerca del mar, sobre el acanti-

lado?— y he aquí que aparece otro camarero: ¿querría una copa, algo fresco, quizá?, ¿un periódico, un cenicero? Deciden colocarse cerca del mar, con una sombrilla, té helado, una Coca-Cola para Malvina y el *Libération* (del día anterior) para él.

La playa no es realmente una playa. No hay arena. No es más que un grueso bloque de cemento que recubre la parte inferior del acantilado, del que asoman sombrillas, hamacas, escalerillas de piscina y un trampolín. Más y más huéspedes salen del ascensor a medida que el sol asciende por el cielo despejado de julio. Nicolas los oye hablar y adivina de dónde son. Una pareja suiza, especialmente fascinante. Imposible determinar su edad. Entre los cuarenta y los sesenta. Él es calvo como una bola de billar, alto, encorvado, huesudo pero en forma. Ella es aún más alta, de carnes firmes, hombros anchos, escaso pecho y unas piernas realmente largas. El pelo corto y plateado. Nicolas los observa mientras disponen meticulosamente su ropa, sus toallas, revistas, cremas solares. No hablan entre ellos, pero Nicolas percibe una gran camaradería. El hombre lleva un bañador apretado. Ella, un traje de baño estilo olímpico. De repente los dos se ponen en pie, como dos pájaros grandes y escuálidos a punto de despegar. Ella se coloca un gorro de baño y se ajusta unas gafas de nadar en los ojos. Los dos se ponen aletas en los pies y se dirigen al borde de la masa de cemento con peculiar elegancia, en perfecta armonía, y Nicolas intuye que es algo que se ha repetido una y otra vez a lo largo de los años. Se zambullen en el mar y comienzan a nadar a crol sin ningún esfuerzo.

Nadan sin pausa y alcanzan el arrecife marrón, que debe de encontrarse más o menos a media milla. Cuando regresan, se duchan en las casetas de baño que hay al lado y reaparecen con un bañador seco cada uno. Cuando pasan junto a él, Nicolas observa el Girard-Perregaux Sea Hawk en la muñeca del hombre. Se dan cuenta de que Nicolas los mira y sonrían. Pasan los siguientes diez minutos aplicándose crema solar, primero a sí mismos y luego entre ellos, con movimientos precisos y seria concentración.

Ahora aparece una familia belga. Nicolas distingue fácilmente a los belgas a causa de su madre. El padre y el hijo son recios, pelirrojos, de piel encarnada. El hijo es de la edad de Malvina y ya está engordando demasiado. Tiene la nariz quemada por el sol y pecosa. Lleva un bañador de una marca francesa de moda. El padre es una versión más vieja de él, con el mismo bañador (rojo) y un reloj Blancpain Fifty Fathoms. La madre es una de esas mujeres ágiles y musculosas y lleva un bikini verde que le sienta muy bien. Lee un libro de bolsillo. Nicolas entrecierra los ojos, pero ya sabe cuál es. *De Envelop*, la edición en flamenco que salió con la película, en cuya portada aparece Robin Wright. También se está acostumbrando a eso, a encontrarse con sus lectores allí donde va. La hija tiene un cuerpo tipo pera, pero resulta atractiva. Auriculares en los oídos. Lee una revista. Las uñas mordidas hasta la carne. No tiene ni la mitad de personalidad que su madre. El padre reparte billetes de veinte euros a los camareros de negro. Sus gestos son elegantes y displicentes. *Grazie, prego*. Gestos de una mano rolliza y sonrosada.

Nicolas se recuesta en su tumbona, la cara vuelta hacia el cielo como un ávido girasol que absorbe la luz dorada, y ensancha las fosas nasales para captar el peculiar aroma del viento, cálido y seco, salpicado con el perfume de los cipreses y los pinos, ese perfume a limón y sal. El verano de 2003 fue la última vez que disfrutó de esa fragancia, durante su viaje a Liguria con François. Nicolas ha regresado a Italia (Milán, Roma, Florencia) desde que Huracán Margaux dio un giro a su vida en 2008 (así es como ha descrito el libro a los periodistas). Pero no había vuelto a la costa italiana. Recuerda el polvorientado tren nocturno de París a Milán, y luego el tren más pequeño de Milán a Camogli. Se alojaron en una pensión sin pretensiones que llevaba una jovial pareja de cincuentones canadienses, Nancy y Bob. Cuando llegaron a San Rocco, descubrieron que tenían que ir caminando hasta la casa (no había taxis ni coches) y arrastraron sus maletas por unos senderos diminutos y empedrados.

Camogli es también adonde su heroína, Margaux Dansor, llegó toda despeinada una mañana, siguiendo una pista en su búsqueda del secreto familiar que estaba a punto de alterar su vida. Margaux también había arrastrado su maleta —pam, pam, pam— todo el camino hasta llegar a la casa de piedra blanca. Nicolas sonríe, pensando en lo «contentísimos» que se habían puesto Nancy y Bob al descubrir que aparecían en *El sobre*. En la novela los había llamado Sally y Jake, pero resultaban fácilmente reconocibles: Bob con su desenfadada coleta y su parche en el ojo que le daba un aire a lo capitán Jack Sparrow, y el culo a lo Venus Ho-

tentote de Nancy, que provocó comentarios lujuriosos en voz baja entre François y él. En el libro, Nicolas describía la residencia de Bob y Nancy exactamente como era. Las paredes de colores dispares, la terraza embaldosada y torcida donde cada noche se tomaba un *limoncello* tras otro hasta que le entraban unas migrañas que parecían destrozarle el cerebro, transformando la asombrosa vista de la bahía en una imagen borrosa, como de pesadilla. Los dormitorios pequeños y frescos de altos techos, pintados de azul y verde, las indecisas cañerías, la cocina y sus aromas, la pasta fresca, el reluciente pesto, la mozzarella y los tomates sobre un lecho de rúcula. Los demás huéspedes eran una esteticista de Los Ángeles, demacrada y bronceada como una tostada crujiente, y su hija, tímida y con sobrepeso, que leía a Emily Dickinson a la sombra. En la película de Toby Bramfield, todos acababan pareciendo exactamente como Nicolas los había imaginado.

Nicolas de repente se pregunta cómo está François. ¿Cuándo fue la última vez que hablaron, que se sentaron a comer? Ni siquiera se acuerda. Eso es lo que pasa cuando vives así, permanentemente en un tren, en un avión, horas en salas de espera, demasiados mensajes a los que contestar, demasiados correos electrónicos acumulados, demasiadas invitaciones, proposiciones, peticiones. No tienes tiempo para ver a los amigos, a la familia, a la gente que importa. De nuevo la punzada de culpa. Debería llamar a François. Han sido amigos desde la adolescencia, cuando él todavía era Nicolas Duhamel e iba a clase al prestigioso Lycée Louis-le-Grand, y luego durante el ex-

tenuante bachillerato para especializarse en humanidades, la Khâgne*, donde Nicolas repitió segundo, convirtiéndose en lo que en el argot estudiantil se denominaba un «*khube*». Mientras François subía cada vez más alto, Nicolas no dejaba de tropezar, para desesperación de su madre. Aunque era consciente de en qué lío se estaba metiendo, desde el principio se había visto superado por el volumen de trabajo, el nivel de estrés permanente y el sarcasmo de los profesores. Aquello era parte consustancial de la exigente leyenda de los prestigiosos cursos de preparación literaria que su madre había aprobado de manera brillante en su juventud. Además de las clases y los deberes, Nicolas pasaba varias horas semanales completando laboriosamente exámenes escritos y orales (los llamados «*khôlles*», del francés *colles*, para que parecieran una palabra griega, igual que *khâgneux*). Pero no había nada ni remotamente divertido en aquellos exámenes orales, que pronto se convertirían en la pesadilla de Nicolas. Una hora para preparar una breve disertación sobre un tema concreto. Y luego, en veinte atroces minutos, tenía que presentar oralmente su trabajo a un cáustico profesor. François sobresalía en los temidos *khôlles*, e incluso el profesor más severo tenía que inclinarse a regañadientes ante tal supremacía. François jamás mostraba signos de desaliento o apatía, al contrario que Nicolas, que perdió peso, el sueño y el ánimo. Igual que

* La palabra procede de Napoleón, que al visitar las «Grandes Écoles» preuniversitarias, desdeñoso con los que hacían letras, los llamó «*cagneux*» («patizambos»), palabra que se convirtió en *khâgne* por burlona asimilación al griego (*N. del T.*).

un piloto de caza esquivando misiles, François se dirigía triunfante hacia el examen nacional tremendamente competitivo que le esperaba, el Santo Grial de un *concours* que solo una pequeña élite aprobaría. Desde el primer momento Nicolas supo que él no albergaba esa ambición. François sí, y era consciente de ser la pepita de oro que siempre buscaban con ahínco esas escuelas, la raza que acababa formando profesores, catedráticos y futuros ganadores del Premio Nobel. La primera vez que Nicolas suspendió el examen final, en el que ni siquiera se acercó a la tierra de nadie de la categoría de los «*sous-admissible*», aquellos a los que se concedía una segunda oportunidad, François ya formaba parte del firmamento de la École Normale Supérieure de París y le apodaban «Ulm» porque esa era la calle en la que vivía.

El viaje a Italia había sido una manera de hacer las paces, de volver a encauzar su amistad tras la tensión del bachillerato y el fracaso de Nicolas. François ganaba un salario como orgulloso alumno de la École Normale, mientras que Nicolas seguía esforzándose cada vez con menos entusiasmo, aún vivía en casa de su madre y apenas conseguía llegar a fin de mes impartiendo clases de filosofía a alumnos que asistían de mala gana. François era el que había triunfado, aquel al que todo le resultaba fácil. Pero todo eso cambió tras la irrupción de Huracán Margaux, cinco años después. Exceptuando a François y a Lara, los únicos amigos del pasado que siguen formando parte de su vida, las nuevas amistades de Nicolas proceden todas del mundo editorial. Escritores, periodistas, editores, agen-

tes de prensa, librerías. Se los encuentra en los actos literarios, en los programas de radio y televisión, en los cócteles, presentaciones de libros, clubes nocturnos. Tiene su dirección de correo electrónico, sus números de móvil, es amigo suyo en Facebook y seguidor en Twitter. Los abraza, les da una palmada en la espalda, les alborota el pelo, pero muy pocos son realmente íntimos. Se emborracha o se coloca con ellos, de vez en cuando se acuesta con una o dos de esas mujeres, pero ¿qué saben de él, aparte de lo que pueden espigar en los periódicos o en Twitter? No saben nada. Y a su vez él no sabe nada de ellos. Fugazmente se da cuenta de la vacuidad de su vida, del hecho cruel de que todo el mundo conoce su nombre pero que, en realidad, está solo.

Cada vez que Nicolas se acuerda de François, como ahora, mientras pasea la mirada por este mar espléndido y los huéspedes toman el sol y los camareros le sirven bebidas y fruta, se enfrenta a sus carencias como amigo. ¿Acaso no ha decepcionado a François? ¿Acaso no dejó de llamarlo, de tener intención de llamarlo, posponiéndolo siempre hasta el día siguiente y luego finalmente olvidándose? Sin embargo, François había sido el hermano que nunca tuvo, con quien iba a las clases de judo y de tenis, aquel en el que podía confiar cuando las chicas se convirtieron en una obsesión, el que le dio apoyo cuando su padre murió. François tenía la cara seria y alargada y llevaba gafas, incluso de pequeño, y los adultos confiaban en él, cosa que había resultado útil cuando eran niños y se permitían diabólicas travesuras. El «incidente del queso»,

por ejemplo. El director, el odioso monsieur Roqueton, había castigado a Nicolas por no haber entregado otra vez sus deberes. Durante la pausa para el almuerzo de un sofocante día de verano, François se dirigió con aire inocente al despacho de monsieur Roqueton armado con un apesotado camembert. Hábilmente desenroscó el auricular del antiguo teléfono del director e introdujo trocitos de queso antes de volver a colocarlo. Unos días más tarde, el hedor era insoportable. No se podía utilizar el teléfono sin que te entraran arcadas. Nicolas sonríe y casi suelta una carcajada al recordarlo. Nunca les cogieron. Fue un triunfo.

Hay otro recuerdo que Nicolas ha conservado todos estos años. Granville, Normandía, verano de 1999. Nicolas y François tenían diecisiete años. Los padres de François poseían una casa blanca y marrón de entramado de madera, con un jardín en pendiente que llegaba hasta la playa. Cada verano, en agosto, Nicolas iba a pasar dos semanas con la familia Morin. Se sentía uno de ellos. François tenía dos hermanas pequeñas, Constance y Emmanuelle, y un hermano mayor, Victor. Sus padres, Michel y Odile, daban una fiesta de verano cada año mientras Nicolas estaba con ellos. Asistía un centenar de personas. Las chicas se ponían sus vestidos de verano más bonitos. Odile iba a la peluquería. Michel exhibía su bronceado, sus tejanos blancos preferidos y una camisa vaquera abierta hasta el ombligo. Victor, Nicolas y François llevaban unas camisetas limpias y pantalón corto. Un verano cayó un chaparrón y la fiesta se celebró en el interior de la casa, con la diversión añadida de estar todos apretujados. Pero

aquel verano, el verano que Nicolas y François nunca olvidarían, Odile invitó a una nueva pareja del pueblo, Gérard y Véronique, que se presentaron con una amiga suya de París, Nathalie. Las mujeres tenían treinta y pocos años, el marido era un poco mayor. Véronique era regordeta y rubia. Nathalie era alta, esbelta y morena, con las piernas más largas que Nicolas había visto nunca. Las dos llevaban el mismo tipo de vestido ajustado en diferentes colores; negro el de Véronique y blanco el de Nathalie. Gérard se puso a hablar con los mayores, pero Véronique y Nathalie cogieron su copa y cruzaron el jardín para dirigirse a la playa, donde delicadamente se quitaron sus sandalias de tacón alto. El sol se ponía y teñía el mar de rojo. No había nadie en la playa. Las dos jóvenes hicieron un gesto con la mano a Nicolas y François, indicándoles que se acercaran. Durante un rato, los cuatro permanecieron en la arena charlando. Cuando se vaciaron las copas, Nicolas fue corriendo a la casa y trajo una botella de champán escondida bajo la camiseta. El sol desapareció y la oscuridad dibujó incitantes sombras a su alrededor. Nathalie, la morena de largas piernas, fumaba un cigarrillo, que sujetaba delicadamente entre sus dedos finos y dorados. Desde donde estaban sentados podían oír la música y las risas de la fiesta. Nathalie quiso saber si tenían novia. Aquello avergonzó a François, que tenía menos éxito con las chicas que Nicolas. Veronique, la rubia, les preguntó a continuación, en voz baja e íntima, hasta dónde habían llegado sexualmente con las chicas. Nicolas observó lo cerca que estaban de ellos las dos mujeres, cómo los muslos bronceados de

Nathalie rozaban su pantorrilla desnuda cada vez que se movía. En aquella luz azul y suave, el canalillo de Véronique era una hendidura profunda y lechosa. Él les contestó con franqueza que todas sus novias habían sido del *lycée*, chicas de su edad. Hasta entonces había hecho el amor con seis, en las fiestas, en el estupor de la borrachera, en el cuarto de baño o en algún dormitorio. Solo una de ellas había resultado una sorpresa agradable, dispuesta a intentarlo todo con la feroz energía de una estajanovista. Una vez pasó la novedad, Nicolas la encontró agotadora. Las dos mujeres que aquella noche estaban en la playa con ellos jugaban en otra liga. Exhalaban una sensualidad misteriosa y lánguida. «¿Tu novia te besa así?», murmuró Véronique, y antes de que François pudiera responder colocó sus labios en los suyos, al tiempo que el brazo sedoso de Nathalie se enroscaba en el cuello de Nicolas. A continuación también le besó, de una manera que en nada se parecía a como lo habían besado hasta entonces. ¿Podían verlos desde la casa?, se preguntó por un momento, mientras acariciaba la suave piel que había bajo el vestido de Nathalie, extasiado. De repente, era Véronique quien estaba en sus brazos, mientras que Nathalie había pasado a besar a François. Nicolas cedió a aquella nueva boca que se apretaba contra sus labios. No pudo resistirse a tocarle los pechos, y, cuando ella le llevó sus labios a la plenitud de sus senos, Nicolas pensó que iba a desmayarse de éxtasis. Se preguntó qué habría pasado si el marido de Véronique no hubiera comenzado a llamarla desde el jardín. ¿Los había visto? Se levantaron todos rápidamente, sacudién-

dose la arena de la ropa. Las mujeres se arreglaron el pelo con una risita. Nicolas estaba mareado y casi tropezó. François estaba blanco, los labios hinchados y rojos. Parecía a punto de desmayarse. Las mujeres, como si tal cosa, recogieron sus copas y sus zapatos y regresaron tranquilamente a la casa, del brazo, gritando alegremente a Gérard que iban de camino. François y Nicolas esperaron un poco antes de volver a la fiesta. Cuando aparecieron, nerviosos y sonrojados, Gérard, Véronique y Nathalie ya se habían marchado. Nicolas no volvió a verlas, pero supo que jamás olvidaría aquella noche. Durante años, solo tenía que susurrarle «Granville» a François con una sonrisa cómplice y el recuerdo de aquella velada regresaba intacto.

Nicolas se levanta para darse su primer baño. Ya le mandará un mensaje de texto a François más tarde. Contempla a Malvina, acurrucada bajo su sombrilla, como un animalillo, profundamente dormida. Se la ve todavía pálida. Nicolas se zambulle en el mar y cuando sale a la superficie para respirar, se da cuenta de que jadea con una mezcla de placer y alegría, el placer de la aterciopelada caricia en su piel, la alegría de experimentar de nuevo la mismísima sensación que había echado de menos desde Camogli. Aquí el agua enseguida cubre. Es absolutamente transparente. Nicolas ve el lecho marino, pavimentado de piedras pálidas y ovaladas y de pececillos plateados que pasan veloces. Extiende los brazos y las piernas como una estrella de mar y flota en la superficie. Bajo el agua, sus oídos distinguen el tranquilo tartamudeo de una barca cercana.

Tres días. Tres dichosos días. Tres días solo para él. En este refugio hermoso y tranquilo. Ese azul. Nadie sabe dónde está. Ni siquiera lo ha contado en Twitter, y se ha reprimido de colocarlo en el muro de su Facebook. Si fuera necesario, podría hacerlo con su BlackBerry.

— Que tenga un buen relax, *signore* — dice el asistente que hay en la playa con una radiante sonrisa mientras le extiende la toalla sobre la tumbona. Tres días fingiendo que escribe su libro. Tres días de indolencia.

Malvina abre un ojo mientras él se seca.

— Deberías ir a nadar — dice.

Ella se encoge de hombros.

— No me encuentro demasiado bien.

— ¿Puede que por algo que hayas comido?

— Puede.

Malvina vuelve acurrucarse en su tumbona.

Se acerca el mediodía. El sol cae a plomo. Llegan la morena de pelo crespo y el tipo peludo. Él sigue hablando por teléfono (¿alguna vez se lo despega de la oreja?) y ella avanza en un trotecillo sobre sus relucientes zapatos de plataforma. Cuando han decidido dónde sentarse y les han entregado las toallas blancas y negras en las que hay estampadas las letras GN, se pone en pie. De manera lenta y seductora, se quita la parte superior del biquini, igual que Rita Hayworth cuando se despojó del guante. Tiene los pechos redondeados y respingones, con unos pezones de un rojo oscuro. Sus pechos no son falsos, sino reales y espléndidos, de esos que siempre se bambolean un poco y que Nicolas se imagina metiéndose frenéticamente en

la boca. La mujer comienza a untárselos con aceite solar y Nicolas apenas se puede creer que esté haciendo eso, ahí y entonces, con esos movimientos lentos y deliberados. Todos los hombres la miran. El personal parece petrificado, sudando bajo sus camisas negras. El belga se sonroja aún más, el suizo se ajusta las gafas de sol, el francés se queda mirándola con tanto descaro que su mujer le da un codazo en las costillas. Solo el acompañante de la chica parece inmune a la escena. Nicolas casi se deja los ojos justo antes de que Malvina se dé cuenta.

Nicolas ha aprendido a ser precavido delante de Malvina. El carácter apasionado de ella alberga unos celos intensos pero callados. Capta la señal más remota de lo que considera un peligro: una admiradora demasiado entregada, una lectora demasiado amistosa o simplemente una chica guapa. Cuando Malvina se fue de Londres hace dos meses, abandonando sus estudios y todos sus amigos de allí para irse a vivir con él a París, a la rue du Laos, Nicolas descubrió que estaba enfermizamente obsesionada con su pasado, con su relación con Delphine. Se dio cuenta de que era imposible hacerle comprender a Malvina que Delphine y él habían sido amigos los últimos dos años, desde su ruptura, y que necesitaba ese vínculo especial con su ex. Malvina es incapaz de entender cómo puede ser «amigo» de Delphine. Está convencida de que Nicolas y Delphine siguen siendo amantes. Y de que cualquier mujer razonablemente atractiva supone una amenaza a su relación con Nicolas.

Como resultado, su BlackBerry ni suena ni vibra. Él se anda con mucho ojo. Renunció a su amado iPhone

cuando comenzó a salir con Malvina en 2010. El iPhone 3GS, le dijo a un simpático periodista en Oslo, es un desdichado dispositivo si tienes a una pareja celosa que te espía. Los mensajes con foto aparecen inmediatamente en la pantalla, junto con el nombre de la persona que los envía, y también las llamadas perdidas. «Pásese a la BlackBerry si tiene secretos que guardar», le había contestado él con una risita. Malvina no había visto el artículo del noruego con esa cita literal y una foto de él esgrimiendo una BlackBerry sobre un chupito de Løiten Linie Akevitt. Un pequeño milagro, teniendo en cuenta que se pasaba horas siguiéndole la pista por Internet, comprobando todos los comentarios que colgaba en Facebook y Twitter y, peor aún, todos los comentarios que colgaban las mujeres como respuesta. Ciento cincuenta mil seguidores en Twitter y más de doscientos cincuenta mil en su página de admiradores de Facebook, con lo que Malvina estaba realmente ocupada.

La única señal que advierte de la entrada de un mensaje de texto o un email es una pequeña luz roja que parpadea. La pantalla permanece negra. En ella no aparece nada. Su BlackBerry está protegida por un código que él cambia constantemente. Sabe cómo echar un vistazo al teléfono rápidamente, cuando Malvina está ocupada con otra cosa. Es una batalla diaria y arriesgada. Sabe cómo colar a escondidas la BlackBerry en el lavabo, metida dentro de la manga como si fuera un alijo de drogas. En la intimidad del retrete sabe cómo examinar sus correos electrónicos, sus mensajes, comprobar su página de Facebook, examinar

los tuits. Esta mañana, mientras Malvina va al lavabo (cosa que le concede entre cuatro y cinco minutos), rápidamente se da cuenta de que hay nuevos correos en su cuenta privada: uno de Alice Dor, su editora francesa, otro de Dita Dallard, su agente de prensa, y uno de Bertrand Chalais, un periodista francés que es amigo suyo. Y otro de un amigo escritor, Patrick Treboc, con el que a veces se va de juerga. Y en su otra cuenta de correo, la que utiliza para su página web, hay unos cincuenta mensajes de los lectores, procedentes de todo el mundo. Al principio, cuando el libro acababa de salir y no figuraba entre los más vendidos ni había sido traducido a tantos idiomas, solía contestarlos todos. Cuando empezó a recibir correos, resultaban una gratificante sorpresa. Pero cuando los mensajes comenzaron a llegar en tropel, a medida que el libro se publicaba en más y más países, alcanzaba más listas de ventas y, sobre todo, cuando se estrenó la película, comprendió que no daba abasto. «Contrata a un ayudante que conteste por ti», le sugirió otro amigo escritor, pero a Nicolas eso no le pareció bien. «Simplemente léelos y no contestes», le dijo otro. Y eso fue lo que acabó haciendo.

Esta mañana, el elemento más importante de la BlackBerry de Nicolas es el logo azul con manchas de la pantalla. Un mensaje. Sabe que es de Sabina. Ahora no tendrá tiempo de contestar, pero lo lee deprisa (con el corazón acelerado) y lo borra de inmediato. *Estoy desnuda, hace calor en mi habitación y pienso en ti. ¿Quieres que te diga lo que estoy haciendo ahora mismo, Nicolas?* Tiene que borrar todos los mensajes de Sabina en cuanto los lee. No hay otra opción.

El pasado abril. En Berlín. Una firma de libros en la Dussmann das KulturKaufhaus de la Friedrichstrasse. Ella llevaba un buen rato haciendo cola pacientemente. Le había entregado su ejemplar de *Der Umschlag* (la edición alemana, con la cubierta color sepia y tipo postal de Camogli en los años cincuenta, el mar entrevistado, la aldea junto al acantilado, el verde tinta de los cipreses). Él le había dicho, de manera desabrida: «¿Su nombre, por favor?», como hacía siempre, y ella había contestado: «No es para mí, es para mi marido. Se llama Hans». Había algo en sus ojos. Era una rubia cenicienta enfundada en una gabardina. Quince años mayor que él, intuyó. Guapa, de rasgos felinos, sonrisa menuda. Le recordaba a Charlotte Rampling en *El portero de noche*. Le había firmado el libro. Cuando se dio la vuelta, la mujer rápidamente le colocó un papelito en la mano. Entonces desapareció, y el siguiente lector ya le estaba entregando su libro. No tuvo tiempo de leer el papelito hasta veinte minutos más tarde, cuando su editora alemana, Ursula, consiguió llevárselo de la serpenteante cola de lectores para tomarse un breve descanso. Lo único que había escrito en el papelito era una serie de números que inmediatamente reconoció. Un PIN de BlackBerry. BBM, mensajes instantáneos.

Aquella misma noche, tras una interminable velada en el Institut Français de Kurfürstendamm con un periodista pelmazo que le formulaba las preguntas más evidentes, las que ya no soportaba contestar, pero no le quedaba otro remedio (¿Hasta qué punto lo que aparece en el libro está basado en su vida? ¿Alguna vez ha encontrado una

carta así en la vida real? ¿El personaje de Margaux Dansor se basa en su madre? ¿Cómo reaccionó su familia cuando se publicó el libro? ¿Toby Bramfield compró los derechos la misma semana en que se publicó? ¿Es cierto que tiene usted un cameo en la película? ¿De qué va su segundo libro?), por fin pudo regresar, muy tarde, a la refinada intimidad de su suite del Ritz-Carlton de la Potsdamer Platz. Se quitó los zapatos de una patada, puso en marcha la televisión, recorrió los canales de noticias de madrugada y los pornográficos, hurgó en el minibar en busca de champán y se despatarró en el sofá, apartando cajas de bombones, tarjetas de bienvenida, cestos llenos de exquisiteces y libros para firmar para el equipo de vendedores. Era demasiado tarde para llamar a Malvina. Lo haría por la mañana. Sacó el papelito del bolsillo y se quedó mirándolo un rato. En la pantalla del televisor había un trío frenético que se lo montaba con entusiasmo. Quitó el sonido, dio un sorbo de champán y los observó otro rato. A continuación tecleó el PIN del BBM en su teléfono.

Sabía que no debía hacer eso. Esa mujer felina de ojos verdes solo auguraba problemas.